

El ocaso de los nombres

Ruy Lancet

EL OCASO DE LOS NOMBRES



Capítulo 1

Primera parte

LUNA

Mi madre me puso de nombre Luna, cuando era chica solía contarme cómo se había enamorado de mi papá a la luz del enorme astro, y yo había sido producto de un amor clandestino en el medio de la noche.

En mi infancia miraba constantemente a la luna, pensaba que una parte de mi alma residía ahí, pensaba que si me esforzaba lo suficiente, podría tener el poder de la luna, su visión, su capacidad de ver a largas distancias. Pensaba que, de esta forma, podría encontrar a mi papá, podría decirle, "acá estoy", soy el fruto del amor de tu vida. Porque esa era la verdad que mi mamá ocultaba detrás de sus fantasías acerca de la luna y del amor, la ausencia, la incógnita de mi padre.

No lo conocí. Una vez escuché su nombre de pila, y eso fue todo. Lo demás fueron fantasías de mi madre, que ante mi decreciente desencanto fueron transformándose, volviéndose cada vez más heroicas, más hermosas e intrincadas... hasta que, a mis quince años, le pedí que parara. No era que no me gustaran las historias, las amaba, pero mi madre hizo una promesa que no era de ella, me dijo que a mis quince años, mi padre vendría a conocerme, y qué creen...

A partir de ese momento, dejé de creer, no sólo en las fantasías, sino también en cualquier relato cursi que me hablara de amores imposible, de amores que superaban los obstáculos, de toda esa mierda tipo disneyland.

Esta es mi historia, pero no hay finales felices, ni amores debajo de la luna. La única luna acá es mi reflejo y no deja sino un cúmulo de sombras.

Capítulo 2

DAVID

Apostaron en mi nombre. Eran cinco y jugaban al rugby. Se sentaban en la parte de atrás del curso con sus cuellos anchos y sus cortes de aire despeinado. Yo soy de los que se sientan cerca de la pizarra, y malo por definición para cualquier deporte, les gano a todos en el fútbol, sin embargo, en cualquier tipo de consola. Apostaron que terminaría la secundaria siendo virgen. Fue la forma que encontraron para pasar las horas en la clase de química. Nunca me había molestado que hablaran detrás de mis espaldas, siempre había pensado de ellos que tenían más espalda que neuronas, que el tiempo de ellos se iba a llenar de cenizas cuando su edad dorada de secundaria terminara, pero ese día me dio bronca. Sentí que tocaban algo adentro de mí, algo que hasta ese momento había sido mío y ahora andaba en la boca de todos.

Tampoco pude contestarles, ¿qué les iba a decir? ¿Iba a inventar alguna historia absurda sobre mi primera vez? ¿Explicaría cómo se sentía rosar con mis manos otro cuerpo?

El timbre me salvó de las explicaciones y las miradas, llegué corriendo a la plaza que estaba cerca de la escuela. Tenía una mezcla efervescente recorriendo mi cuerpo, por un lado, sentía náuseas y el estómago revuelto, por el otro, tenía una bronca creciente que, increíblemente, me daba una fuerza y una claridad que antes no había tenido.

Levanté la cabeza y empecé a mirar a la gente que pasaba caminando por la plaza. Vi a esa chica media loca del otro curso, siempre con demasiada sombra en los ojos y que caminaba con sus auriculares, como si tratara de salirse del mundo, de crear el suyo propio. Me miró, de pronto, como si supiera que mis ojos la seguían. Por algún motivo intrínseco, no desvié la mirada, alcé mi mano en forma de saludo, ella me lo devolvió con un fuck you y no pude evitar sonreír. Desvió la mirada de inmediato pero, de alguna forma, adiviné una sonrisa. Tuve miedo, siempre quise enamorarme, siempre quise que mi primer contacto íntimo fuera con alguien que significara algo, me dio miedo ver a esa chica y sentirme contento por su sonrisa.

Capítulo 3

LA LLEGADA DEL INVIERNO

Luna salió de su casa tarde.

Se había convertido en una costumbre inevitable, una semilla incrustada en su rutina. Se levantaba tarde, se vestía a los saltos, agarraba alguna fruta de la heladera después de tomar un vaso de agua, y salía corriendo por el barrio, tomaba el atajo del baldío y llegaba a la avenida, donde, con un poco de suerte, perseguía el colectivo un par de cuadras hasta la próxima parada. Apenas subía se enchufaba a sí misma a los auriculares, empujaba a la gente hasta llegar al final del colectivo, se sentaba en los escalones de la puerta de descenso y masticaba su manzana más allá de las quejas que no le interesaba oír.

Ese día, sin embargo, algo cambió, salió tarde, sí, pero no más de lo de costumbre, no un segundo más como para que el tiempo no le permitiese correr por la avenida parada tras parada hasta alcanzar el colectivo. Pero esa vez no había señales, ni siquiera pudo verlo alejarse a la distancia, al parecer se había adelantado unos minutos. Se quedó parada en la vereda partida, mirando a uno y otro lado de la calle. El cielo parecía mecerse en un gris sin alma, no era de día, no era de noche, no había explosiones de colores en el este anunciando al sol. Se quedó pensando si los dos minutos demás por el incidente del delineador (se le había caído debajo del mueble del baño) habían sido suficientes para retrasar todo. Refunfuñó sola, en el medio de la calle, sabiendo que iba a llegar tarde otro día más, no se podía permitir más tardanzas computadas, o le costaría su viaje a Buenos Aires, esa que llevaba planeando más de medio año. "Un día sin alma", pensó, mirando el cielo, irremediablemente gris.

Un auto dobló en la esquina, en lo que tardó en recorrer media cuadra, Luna lo reconoció y se escondió en las sombras, pero fue tarde, él ya la había visto.

-Vecina.

-Heu.

-Se te pasó el bondi.

-No.

-Yo te puedo llevar.

-No, gracias.

-Vas a llegar tarde.

-Estoy esperando a alguien.

-¿A quién?

-¡Qué te importa!

-No son formas de tratarme vecinita, con todo el agua que ha pasado entre nosotros... sabés que me importa.

-Ahí viene.

Luna le había estado prestando atención a una moto que venía a lo lejos, primero puso su interés ahí para no mirarlo, para demostrarle el mayor desprecio posible, hasta que se dio cuenta que conocía al chico, le había sonreído de una forma ridícula unos días atrás. Inmediatamente le hizo señas, tuvo que exagerar un poco a la medida que se acercaba. El chico la miró confundido, pero se detuvo obediente detrás del auto.

-Chau.- dijo Luna y se subió a la moto.

El auto arrancó, la moto arrancó. Al final de la avenida el auto dobló a la izquierda, y ellos a la derecha, Luna se permitió un suspiro y relajó los brazos que sostenían la cintura de su salvador. Manejaba rápido y fluido, no coincidía con su aspecto de vulnerabilidad o su delgadez. Después de quince minutos estacionó detrás de la escuela, la ayudó a bajarse y se quedó mirándola, al parecer un poco pasmado.

-Gracias.

Fue todo lo que necesitaba decir, lo que pretendía que existiera entre ese individuo y su persona. Dio media vuelta y se dirigió a la escuela.

-Esperá...

-Se hace tarde, ya están por entrar...

-¿Qué fue eso? ¿Tenés problemas con ese tipo?

-No es de tu incumbencia.

-No era de mi incumbencia, pero me paraste, te subiste a mi moto...

-Y ya te dije gracias, por traerme...

-Sí, pero...

-Pero nada, lo demás no te interesa, no es asunto tuyo.

-Decime al menos cómo te llamas.

Esta vez la sostuvo del hombro levemente, como quien trata de sostener una hoja de vidrio para que no caiga y explote al contacto con el cemento.

-Luna.

-David.

Se miraron dos segundos a los ojos, a Luna le bastó medio segundo para sonreír. Al siguiente medio segundo el timbre la sacó de esa semi hipnosis, se dio vuelta y salió corriendo a la entrada de la escuela. No le dio a David la oportunidad de otra palabra, de otro gesto, más allá de esa mirada de cachorro.

-Se ta pasó el colectivo- le dice Marta apenas entran al curso- ¿Cómo hiciste para llegar temprano?

Marta odia su nombre, prefiere que le digan Marti y cuando salen a bailar suele mentir diciendo que se llama Martina. El desprecio por el propio nombre es algo por lo cual ambas se sienten identificadas. A veces, sin saberlo, juegan a ver quién se compadece más de su patético nombre. Luna argumenta que el suyo es producto de la marihuana que su madre solía (en realidad no se anima a decir que suele, entre otros excesos) fumar en demasía, y las fantasías que se auto inventó. Marta dice que le pusieron el nombre de su abuela a la que nunca conoció, y que ahora está condenada a vivir en las sombras de una muerta, con un nombre que no se usa hace siglos...

-En realidad sí se usa- suele argumentar Luna, cuando su parte cínica termina por ganar- en las telenovelas y siempre es la empleada gorda.

Eso lo dejan para reírse en los días buenos.

-¿En qué viniste?- insiste Marta.

Luna mira a su única amiga, y de a poco le va contando.

-Sí, se me pasó el colectivo... cuando estaba en la parada apareció Agustín en su auto, traté de que no me viera, pero lo hizo y se paró... se ofreció a traerme.

-¡Luna!- los ojos de Marta se ponen en blanco, como cada vez que pierde la paciencia- me prometiste que...

-No me subí a su auto... justo venía este chico, David, del otro curso, lo paré y me subí a su moto

-¿Viniste en moto?

-Sí.

-¿Y qué le dijiste?

-¿A quién?

-¡A David, a Agustín, a cualquiera, dame más detalles!

-A Agustín le dije "chau", y a David le dije "gracias".

Marta vuelve a perder la paciencia y hace su gesto característico.

-¿Pero no le explicaste la situación a David?

-No.

-¿Te subiste en su moto y nada más?

-Sí.

-Vos estás loca.

-¿Te parece que me voy a poner a explicarle a un chico que no conozco mis problemas y mi relación con Agustín?

-No, pero tampoco te subís así, de la nada... sabés qué, no importa, lo importante es que sigas así, lo importante es que no le des más cabida a ese cabrón...

-Por supuesto que no.

Luna trata de concentrarse en el profesor, que ha estado mirándolas constantemente desde que entraron por su continuo parloteo. Prefiere concentrarse en lo que sea esté dando el maestro de historia ya un poco pelado, antes que mirar a su amiga y tratar de mentirle sobre lo que ella ya sabe... que va a volver a ver a Agustín porque lo odia, lo odia más que

nadie y él lo sabe y por eso la busca, la persigue, hasta que ninguno de los lo aguanta y terminan en una cama. Marta le ha preguntado muchas veces por qué está con alguien así. Pero en realidad, lo que no entiende es que esa es su forma perfecta de no estar con alguien, de separar su cuerpo de todo lo demás.

El timbre de la escuela anunció el fin de la jornada. David había salido una hora antes, pero decidió quedarse ahí, esperando frente a la puerta del colegio, sin sacar los ojos de la entrada. Había estado tratando de hablarle a esa chica por cuatro días, pero desde el momento en que cruzaron sus ojos en la plaza ella no se había dignado a mirarlo, ni siquiera una vez. Y esa mañana, sin embargo, algo impensado se había desencadenado. La electricidad se había cortado por la noche, y había vuelto apenas unos minutos después de que él y su padre se levantaran. Por lo tanto, el calefón eléctrico no había estado funcionando, tuvo que esperar diez minutos a que calentara mientras escuchaba a su padre quejarse.

-Son esos barrios de cuarta, no sé por qué el gobierno los construyó justo al lado del nuestro, habiendo tanto lugar...

"Tanto lugar alejado, sin cloacas o agua corriente" dijo para sus adentros David, sabiendo que eso era en realidad lo que a su padre le molestaba, no los barrios de cuarta, sino "la gente de cuarta" que había ido a vivir a los barrios. Desde ese entonces, todo lo malo que pasaba era culpa de los barrios, de la gente de los barrios, y del gobierno populista.

David, como de costumbre se quedó callado, mirando el reloj y el calefón con impaciencia. Hasta que los comentarios de su padre fueron lo suficientemente irritantes y se metió a la ducha. El agua todavía estaba fría, y ese día estaba amaneciendo raro, demasiado frío para todavía ser otoño, demasiado oscuro. No parecía un día para buenos augurios. En cuanto salió semi congelado de la ducha se dio cuenta que ya era tarde y pidió permiso para irse en la moto enduro que le habían regalado para sus diecisiete años. Su madre había estado en desacuerdo, su padre la había comprado de todo modos, para que se hiciera hombre. David dudaba que una moto pudiera hacerlo verse más masculino, pero no se quejó, le encantaba la adrenalina y sentir el viento en la cara.

-¡No te vayas en la moto!- gritó su madre desde adentro- ¡Que te lleve tu padre!

David miró a su padre con su cara de ruego, y este, con un ademán silencioso le dio permiso para irse.

Se sorprendió, cuando a la diez cuadas vio a una chica haciéndole señas para que parara. Se detuvo en cuanto se dio cuenta que era ella. La miró subirse a la moto y esperó a que dijera algo, lo que fuera, pero no dijo nada, y simplemente arrancó.

Y ahora estaba esperándola, porque saber su nombre no había sido, ni por cerca, suficiente.

La vio salir junto a una chica alta de pelo semi rojizo ondulado, le hizo señas desde el otro lado de la calle, apoyado en su moto, como había visto muchas veces en las películas. Ella sonrió de manera extraña y lo ignoró completamente. Caminó hasta la plaza. David sabía lo que venía después, cruzaría en diagonal hasta el otro extremo, compraría un sándwich de jamón y queso en el kiosco de la esquina y después caminaría hasta la parada del colectivo. No iba a dejarla llegar tan lejos.

-Luna- dijo bordeando la plaza, tratando de mantener el equilibrio en la moto- ¿te llevo?

-No.

-Esta mañana estabas tan desesperada en que te trajera y ahora, cuando me ofrezco de buena onda ¿no querés saber nada?

-Esta mañana iba a llegar a tarde, si me llevás ahora voy a llegar temprano.

-¿Y no es bueno llegar temprano?

-No en mi caso.

-¿Por qué?

-Porque no te importa.

-¿Esa es tu respuesta a todo?

Pero ella no le contesta, se queda mirando el Ford blanco que está dando vuelta a la plaza, y en un par de segundos su rostro cambia.

-Esta bien, llevame.

Se sube a la moto y lo abraza a la altura de la cintura. David no puede evitar sentir un cosquilleo que se esparce por todo su cuerpo y hace que de pronto sienta el día más caluroso. Arranca la moto y la acelera demás

innecesariamente ante la mirada de algunos de sus compañeros, entre ellos Edgar, el rugbier de cabeza más cuadrada del curso, que lo mira con cara de estúpido mientras acelera hacia la ruta. Maneja hasta casi el punto de la avenida en el que la recogió, desacelera pero no se detiene.

-¿Y ahora hacia dónde?

-Acá está bien.

-No tengo problema, dale, decime.

-Acá está bien.

Para la moto y la ayuda a bajar.

-¿Querés que te lleve mañana?

-No.

-¿Querés hacer algo alguno de estos días?

-No.

-No te entiendo...

-No es tan difícil, no significa no.

David se queda mirándola unos segundos, algo repulsivo se empieza a remover por dentro de él, se sube a la moto sin mirarla, ella parece darse cuenta.

-Sé que sos buena persona, sos bueno, yo no te convengo- dice a modo de explicación.

-Uf, no me vengas con la estupidez de "soy yo no sos vos"... esa era de la época de mis viejos... Decime algo que sea coherente... o no, pero que no me haga sentir como un pelotudo.

-Vos vivís en el barrio del colegio médico, yo vivo en el loteo del gobierno, vamos a la misma escuela por azar, porque lo único que hace mi vieja por mí es mandarme a la escuela, vos vas en moto cuando el colectivo se te hace aburrido y yo acepté ir con vos porque si llego tarde otra vez me suspenden y si me suspenden no puedo volver el año que viene, no me subí para pretender, por un ratito, que puedo aspirar a ser una clase que no soy y que no me interesa ser...

David se queda mirándola, serio.

-¿Y a la vuelta?

-¿Qué?

-¿Por qué aceptaste que te trajera a la vuelta?

-Aburrimiento.

-No tenía nada que ver con el tipo del Ford blanco, ¿no?

Ella se queda mirándolo unos segundos, suspira demasiado largo.

-Quizás.

David arranca la moto.

-Bueno, hasta la próxima en que los tres nos encontremos.

Acelera lo suficiente hasta que la adrenalina recorre todo su cuerpo y se convierte en su única ley.

Capítulo 4

EL ZOOLÓGICO

David siempre ha pensado que la escuela es un zoológico. Se puede clasificar a los integrantes según tipos bien definidos. Por supuesto que existen mutaciones, le gusta considerarse a sí mismo como una mutación. Por definición una mutación es un fenómeno que ha evolucionado para bien o para mal y que ya no entra en una sola categoría.

La clasificación del zoológico puede cambiar según los parámetros impuestos, anota David mentalmente. El parámetro más obvio es la clase social, por supuesto, los que vienen de barrios como el suyo son un grupo bastante homogéneo: en su mayoría heterosexuales (con pocas excepciones), la mayoría ya tiene vehículo propio y se van de vacaciones a la casa de la familia, Carlos Paz, Pinamar, Viña del Mar, Cancún, vienen de todos los tipos y presupuestos; son lo más populares, sin falta, en cada curso; se preocupan por debutar tempranamente, hacer fiestas privada y fumar marihuana de flor, siempre de flor. Por último, En sus itinerarios está usar ropa que combine con sus apellidos.

Existen mutaciones, por su puesto, Rodrigo es otra de ellas, tiene el pelo ondulado a la altura de los hombros, en la escuela han intentado que se lo corte desde segundo año, y desde segundo año ha mostrado la facultad de saber más que sus profesores sobre sus propios derechos. Rodrigo milita en el partido de izquierda del pueblo, está obsesionado con la historia de Rusia y es su mejor amigo.

David se levantó temprano como siempre, pero alargó su rutina más de lo necesario, demoró en el desayuno, demoró cepillándose los dientes y tratando que su pelo increíblemente lacio le diera la mínima posibilidad de verse despeinado. Cuando salió del baño se dirigió directamente al garaje y tomó la moto. Se sintió un poco radical por ni siquiera anunciar sus intenciones a sus padres. En pocos minutos salió a la avenida y aceleró hasta la parada de Luna, pero no había nadie. Vio el colectivo doblando al final de la calle. Se precipitó con cierta frustración a la ruta, a la velocidad y al poco andar lo pasó. Estaba en uno de los bancos cerca de la escuela cuando vio a Luna entrar.

David se pregunta en cuál sector de su zoológico entra Luna, o si es acaso una mutación. Luna viene de los barrios del gobierno, son pocos los que

proviene de lugares humildes, pocos los que logran entrar a esa escuela, generalmente forman su propia especie en el zoológico: son de pocos amigos (amigos reales), pero perfiles sociales prominentes, son inteligentes o talentosos y aprovechan cada momento para demostrarlo, son mejores promedios, o presidentes del centro de estudiantes, o los que siempre eligen como mejor compañero o delegado del curso, los que aparecen en las obras teatrales o escriben en los concursos poéticos de la escuela. Según lo que ha averiguado, Luna es inteligente, pero no le interesa resaltar o que los demás la noten como al resto.

Podría entrar en el grupo de las nerds feministas. Trata de mostrar todo el tiempo un aspecto duro, pero no encaja lo suficiente en el perfil, tiene los ojos siempre demasiado delineados, pero no usa exclusivamente el negro, tampoco se viste con ropa holgada, es, hasta se podría decir, bastante provocativa, siempre muestra sus piernas atléticas y marca su silueta. No sabe cuán feminista o cuán nerd es porque ella tampoco está interesada en mostrarlo.

Mutación, anota mentalmente David cuando la ve atravesar el patio con, al parecer, la única amiga que tiene.

Cuando por fin sale de la última materia, David se dirige a la plaza, se apoya en su moto justo en la esquina en que ella aparecería, compraría su sándwich y terminaría por cruzar la calle para tomar el colectivo de vuelta.

Ve justo el momento en que Luna lo mira a los ojos y decide ignorarlo por completo, pero no le interesa, le preocupa más disecarla y etiquetarla en sus esquemas mentales.

-Frase favorita de Harry Potter- le dice cuando está lo suficientemente cerca.

Luna lo mira con un gesto que mezcla diversión y desprecio al mismo tiempo.

-¿En serio? ¿Harry Potter?

-Es una fuente válida, hoy en día, de la cultura popular. Todo el mundo ha leído o visto Harry Potter.

-Yo maté a Sirius Black- canturrea.

-No podés ser tan cínica, aparte, eso es de la película no del libro.

-Dijiste todo el mundo ha leído o visto Harry Potter- imita a David con un tono agudo y molesto- no especificaste de dónde tenía que sacar la frase.

Ven el colectivo doblar la esquina, y ella cruza la calle y desaparece otra vez.

Es viernes, Luna llega a su casa cansada, pero con una sensación liviana, por decirlo de alguna forma. No quiere atribuírselo a David, quién ha estado toda la semana apareciendo sorpresivamente, con preguntas absurdas.

-¿Star Wars o Star Trek?

-Star Trek, siempre.

David la mira sorprendido y se vuelve a esfumar sin dar o esperar ninguna explicación.

-Tu frase favorita de Simone de Beauvoir- suelta en un susurro detrás de su oído en la única clase que comparten.

-“No se nace, sino que se deviene mujer”.

Lo más inquietante para Luna, es que, de alguna forma se siente internamente obligada a responderle, no importa cuán absurda sea la pregunta.

-Película favorita de Pixar.

-Wall-e.

Finalmente es viernes, eso significa no más preguntas por ahora, eso significa que debe atravesar otro largo fin de semana con su madre. En cuanto piensa esto último, vuelve a sentirse cansada, vuelve a sentir que su cuerpo ha atravesado muchas vidas y no tiene sólo diecisiete años en este mundo. Apenas entra a su casa, sabe qué tipo de fin de semana le espera, en el sillón de cuero ya gastado ve la campera de Marco y escucha quejidos desde el dormitorio. Se mete en su habitación, se coloca los auriculares y sube el volumen todo lo que puede. Horas después golpean su puerta, no abre, se queda inmóvil en su cama. Marco no vuelve a golpear, sino que entra directamente en su habitación en sus calzoncillos desgastados. En cuanto lo ve, Luna sabe que está drogado, puede ser morfina o heroína, o cualquier opiáceo que hayan encontrado, tiene los ojos llorosos y camina de manera de manera extraña. Sabe,

incluso, que su mamá está en un estado similar. Se levanta de un salto y pasa junto a Marco que empieza a reír exageradamente. Llega hasta al dormitorio de su madre, que simplemente está tirada en la cama, con la mirada perdida en otro lado, como si eso que queda ahí es apenas un reflejo de ella, es un cuerpo desconectado de su consciencia... de su alma. Trata de hablarle, la sacude un poco, pero no reacciona, mantiene el mismo gesto, la misma mirada perdida, como si sonriera, aunque ya no sepa lo que es una sonrisa, como si pudiera flotar, aunque no sepa la diferencia entre flotar y hundirse indefinidamente.

Sale corriendo de la casa, tres cuadras más al sur, en la casa del medio golpea fuertemente una puerta hasta que la abren de golpe. Agustín está detrás del marco, en esa barrera invisible entre un espacio y el otro. La mira seriamente por unos minutos y finalmente se hace a un lado para dejarla entrar. Luna se dirige al sillón y se tira con pesadez.

-¿Tan malo?

Luna bufa en respuesta.

-Necesitás de lo bueno esta noche- dice y desaparece para volver con una pastilla en la mano. Se la muestra a Luna quien intenta tomarla.

-No querida, sabés que así no- dice cerrando el puño.

Se la mete a la boca y se la muestra, ahí, en la punta de la lengua. Luna se acerca lentamente, se monta sobre él y comienza a besarlo, a explorar en su boca hasta que encuentra lo que busca. Cuando la pastilla de éxtasis está en su organismo, se separa de Agustín, camina hasta el aparador y conecta su celular al parlante. Empieza a moverse al ritmo de la música, esperando a que la pastilla repercute en su cuerpo.

A diferencia de su madre, que intenta desconectarse de todo, Luna quiere que sus sentidos exploten, quiere estar en todos lados, sentir todo su cuerpo en movimiento, conectado con la música y con un ahora que se multiplique en cada célula de su cuerpo. Baila y se mueve hasta que empieza a sentir que cada movimiento está articulado con algo más que su cuerpo, está articulado con una libertad, con una fuerza que vuelve efímera cualquier preocupación, cualquier dolor... todo se depura con el movimiento, con el fuego que de pronto la convierte en fénix.

Agustín se une a ella, ha estado observándola desde el sillón todo ese tiempo, acompasa sus movimientos a los del cuerpo de Luna, y se va acercando lentamente, parece esperar el momento justo, el momento previo al que su cuerpo pretende estallar... unos segundos antes, apenas un instante incalculable antes de llegar a la última cumbre, pega su cuerpo al de ella, y empieza a tocar puntos estratégicos. Primero ancla sus grandes manos en las caderas de Luna, y desde ese punto las desliza

suavemente hacia abajo, dibujando el contorno de sus piernas, y después hacia arriba, esta vez por el lado interno, se detiene antes de que sus manos choquen con su entrepierna y saltan de nuevo a su cintura. Sus manos ahora, lentamente, desprenden los botones de la camisa turquesa que comprime el tórax de Luna, mientras su boca roza su cuello suavemente, logrando que todos los bellos minúsculos de su piel se ericen, para después dejar que su lengua humedezca un punto justo debajo de la oreja.

Luna ahora se balancea y respira pesadamente, respira como otra bestia enjaulada, que se le ha dado un permiso precario para salir en la noche. Se balancea hasta el sillón en donde se deja caer y tira de la camisa de Agustín, para que caiga sobre ella. Las manos de Agustín, que terminaron de desprender la camisa, que lograron soltar el corpiño, ahora están ocupadas con sus pezones que se endurecen inmediatamente ante el contacto. Luna siente como todo su cuerpo se tensa, como si se preparara para vibrar.

Agustín empieza a recorrer su cuerpo con sus labios, con su lengua, logra que Luna se arquee un poco, y eso es la señal que ha estado esperando, comprueba su intuición con sus manos debajo de la falda y sonríe ante la humedad que encuentra. Le quita lo que le queda de ropa, se quita los pantalones, se coloca el preservativo y la mira unos segundos, esperando la última señal. Encuentra, finalmente, su mirada feroz y la penetra, ella gime un poco ante ese primer contacto. Agustín se inclina sobre ella, y la besa por segunda vez en la noche, primero con ternura, y después con desesperación, desesperación que se desparrama por todo su cuerpo y hace que sus movimientos se aceleren primero, y que después se vuelvan voraces, feroces. Ella gime cada vez más fuerte, hasta el punto en que no sabe si de dolor o placer, y se contiene un poco.

-No pares- ruega Luna.

Vuelve, entonces, a volcarse en ella con la furia que ambos cuerpos necesitan hasta que la siente explotar y se deja ir también él. Se desploma sobre ella cuando el mundo vuelve a separarse, cuando ellos vuelven a ser dos cosas distintas. La mira durante unos segundos mientras recupera el aliento. Ella todavía mantiene los ojos cerrados pero su expresión relajada lo invita a la paz. La mitad del tiempo no entiende a esa chica, no sabe qué es lo que quiere, no puede alcanzar a adivinar nada de lo que piensa, sabe únicamente que sus dolores son similares y que sus cuerpos han adquirido una increíble capacidad de sincronización. Se recuesta a su lado y la abraza, sabe que eso es lo más cerca que ambos estarán a reconocer la debilidad de uno sobre el otro, de reconocer la vulnerabilidad que sus cuerpos han creado. Sabe, además, que la gracia durará el fin de semana, mientras su madre se mantenga drogada y que después todo volverá al desequilibrio habitual. Entra, como de costumbre, en un estado de insomnio, cuando se pregunta si llegará algún momento

en que ya no lo necesite y trata de serenarse ante el sudor frío que lo recorre.